

na, cuando Susi llama a la puerta del despacho:

—¿Se puede, jefe?

—Adelante, Susi, adelante.

—¿Se ha enterado de que se ha muerto Jesús Oneto, el periodista?

—¿Cómo? ¿Que se ha muerto Jesús? ¿Cómo te has enterado?

—Viene en todos los periódicos. Dicen que se ha suicidado, con el gas. Usted, jefe, lo conocía mucho, ¿verdad?

—Mucho, muchísimo. Estudiamos en el mismo colegio y luego hicimos la mili¹ juntos. No puede ser. ¡No puede ser que se haya muerto!

Pepe Rey es un hombre afectivo, generoso y muy amigo de sus amigos. Pero le gusta parecer más duro de lo que verdaderamente es; por esa razón Susi está tan sorprendida. Nunca lo había visto así, casi llorando.

—De vez en cuando nos íbamos a cenar juntos o a tomar unas copas, hablábamos de nuestros asuntos, recordábamos viejos tiempos... —siguió Pepe en voz muy baja—. El día de mi santo² estuve cenando en su casa y estaba muy animado, con muchos proyectos... Además, las cosas le iban muy bien: tenía mucho trabajo, era un periodista conocido y querido, con su mujer se llevaba muy bien, tenía unos hijos maravillosos...

—Habrá tenido algún problema grave en estos últimos meses...

—No, Susi, no. Jesús no era de esa clase de personas que se suicidan. No puedo entenderlo, de verdad.

—¿Necesita algo, jefe?